



Prácticas Profesionalizantes III

Profesora: Verónica Fernández

Ciclo lectivo: 2025

Instituto Superior de la Bahía — Bahía Blanca

Título del trabajo: Niños

Autor: AT Fernández Carina Silvana

E-mail: carinasilvanafernandez1971@gmail.com

Una Brújula de Esperanza para Ezequiel

A continuación, pasaré a redactar mi experiencia con un niño con TDAH en la escuela, a quien llamaremos Ezequiel.

El TDAH es uno de los diagnósticos más frecuentes en la infancia y suele ser motivo de derivación a un AT dentro del ámbito escolar.

La dificultad para sostener la atención, la impulsividad y la hiperactividad pueden generar obstáculos en el aprendizaje y en la convivencia dentro del aula.

Es en este contexto donde la figura del AT se vuelve imprescindible para facilitar la inclusión, adaptando los tiempos y las demandas escolares a las necesidades del niño.

Es así como llego a la vida de Ezequiel, un niño de 9 años con diagnóstico de TDAH que cursa cuarto grado de la escuela primaria.

Aún recuerdo el día que me presenté en la institución con todos los papeles listos para entregar y, al preguntar a la vicedirectora que me atendió “¿cuándo podría empezar?”, con gestos de ruego me dijo: “ya, por favor”.

En ese momento me di cuenta de que no iba a ser tarea fácil: era un gran y desconocido desafío.

Ezequiel suele perder el foco con facilidad, muestra impulsividad en la interacción con sus pares y, en ocasiones, la frustración lo invade frente a consignas que requieren sostener la concentración.

Su atención a veces se desvía detrás de un sonido, una idea o simplemente por la curiosidad de saber qué contiene su liquid paper o al desarmar su sacapuntas.

La escuela puede llegar a transformarse en un espacio de frustración para un niño con TDAH si no se habilitan los recursos de inclusión.

Es allí donde aparece la figura del AT como puente entre las necesidades singulares del niño y las demandas del contexto escolar.

Todas estas características propias del TDAH generaban en Ezequiel continuas situaciones de conflicto, pérdida de materiales, tareas incompletas, interacciones tensas con sus pares y llamados de atención constantes.

La frustración lo invadía, y la escuela se volvía un espacio difícil de habitar.

No fue tarea fácil, debo admitirlo. Al principio costó mucho llegar a Ezequiel.

Fue un trabajo que requirió mucha paciencia y donde puse a prueba lo que tanto me enseñaron en las clases: “sostener el enigma”.

Comencé ayudándolo a organizarse, a regularse, buscando estrategias que lo conectaran con el aprendizaje y con sus compañeros.

¿Cómo lo hicimos? En primer lugar, respetando sus tiempos, sus deseos y sus necesidades.

Conociéndolo, escuchándolo y descubriendo en él a un niño que, a veces, sufría como consecuencia de sus propios actos.

Actos que no sabía por qué los hacía.

Su mayor desafío era reprimir tanta impulsividad, que lo llevaba siempre a tener conflictos, tanto con sus compañeros como con los docentes.

Mi tarea consistió, en primer lugar, en contenerlo en todo momento, que él sintiera que podía confiar en mí.

Utilizamos pausas activas: pequeños momentos permitidos donde pudiera moverse, descargar y regularse para volver más tranquilo a la tarea.

Aplicamos la anticipación, mostrándole qué se esperaba de él y en qué orden.

También usamos refuerzos positivos, celebrando cada logro, aunque fuera pequeño.

Trabajamos mediaciones en lo social, aprendiendo a esperar su turno, a escuchar, a pedir perdón, a reflexionar después de una acción impulsiva.

Pero más allá de toda estrategia, acompañar a Ezequiel fue, sobre todo, *estar ahí*; con sensibilidad, con paciencia y con una mirada cómplice que le dice: “Vos podés”.

Llevó tiempo, sí.

Pero los cambios fueron llegando.

Ezequiel empezó a poder terminar tareas, con sus respectivos tiempos y divididas en pasos más simples.

Sus frustraciones duraban menos, y encontraba herramientas para calmarse.

Su grupo de clase empezó a jugar más con él, cuando antes era rechazado, y se animó a participar más en clase sin tanto miedo a equivocarse.

Su confianza creció, y también así, la posibilidad de aprender.

Claro que aún hay desafíos: la impulsividad no desapareció, y la necesidad de apoyo sigue presente.

Pero hay algo que sí cambió: su manera de habitar la escuela.

El Acompañamiento Terapéutico, en ese sentido, no es solamente un recurso técnico: es un acto humano.

Es tender un puente entre lo que el niño puede y lo que la escuela le exige; entre su singularidad y el grupo al que pertenece.

En esta experiencia hermosa que recorrí junto a Ezequiel, comprendí que incluir no es solamente estar en el aula.

Incluir es que el niño sienta que tiene un lugar, que es mirado en su potencia y no solo en su dificultad.

Y yo creo que ahí está el sentido profundo de nuestra tarea.

Acompañar es caminar a su lado.

Es sostener sin invadir.

Es creer en un niño incluso cuando él mismo duda de sus posibilidades.

Porque en ese sostén respetuoso se abre el espacio para que cada niño descubra sus propias capacidades, confíe en sí mismo y se anime a crecer con libertad y esperanza.

Muchas gracias.